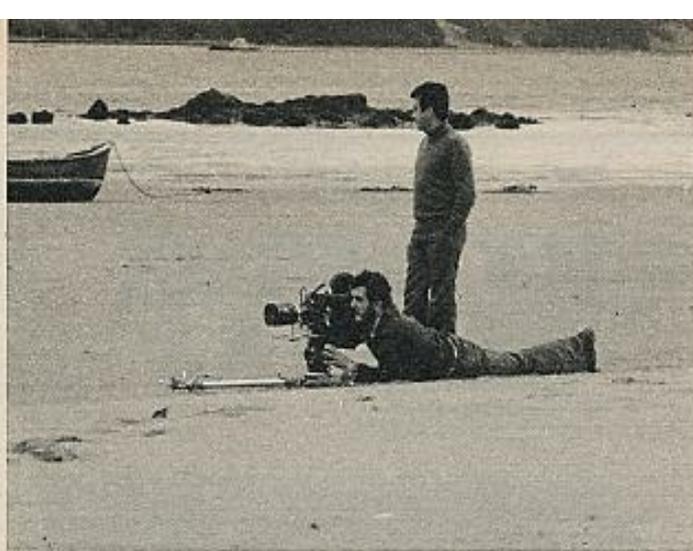


**S** I en cierta ocasión Ortega y Gasset aconsejó a un grupo de jóvenes periodistas que mejor que transcribir el texto de la conferencia que acababa de pronunciar, describiesen el ambiente que la rodeaba, cómo eran los asistentes, qué reacciones se habían producido en el auditorio, algo similar cabría decir de las crónicas de los festivales cinematográficos: al menos en muchos de ellos, lo significativo no es tanto las películas que se proyectan como todo aquello que está alrededor de la existencia misma del festival. Para un lector que difícilmente va a estar en condiciones de ver los numerosísimos films que todo certamen concentra, seguramente será de mayor interés conocer lo que posibilita, impide o condiciona la vida del festival. Es decir, situarlo como hecho cultural dentro de unas determinadas coordenadas políticas y sociales, antes que centrarse exclusivamente en la retahíla crítica de unas obras con las que todavía no tiene ningún contacto. En casos como el del XIX Certamen Internacional de Cine Documental y de Cortometraje, que ha tenido lugar en Bilbao durante la pasada semana, la necesidad de este enfoque aparece casi como obvia.

Porque muchos y muy movidos han sido los entresijos del último festival bilbaíno. Adelantando conclusiones que luego tendrán su explicación, podemos decir que en el limitado espacio de un certamen modesto como éste se han reproducido con bastante fidelidad las características del momento político actual en Euskadi. El enfrentamiento entre las fuerzas "abertzales" y otras de izquierda de trayectoria más sensata y menos localista, ha constituido el telón de fondo de una manifestación cinematográfica despreciada, por otra parte, desde la derecha e ignorada por los medios de comunicación nacionales e incluso por buena parte de los bilbaínos. Asociaciones de Vecinos, cine-clubs, entidades culturales, han estado envueltas en una danza donde también jugaban papel importante unas concretas ambiciones de poder. Tratemos, entonces, de resumir el panorama, algo no demasiado fácil para el visitante más o menos lejano.

La palabra de oro de todo este conflicto es la de **democratización**. En torno a ella se han entremezclado las distintas posturas, pero las maneras en que unos y otros entendían tal "democratización" del Festival de Bilbao era muy distinta según los casos, sobre todo en cuanto a los métodos para llegar a ella. Presentando al vigésimo Comité Rector como "una serie de personas que han dispuesto de sus cargos por el favor de la situación política derivada de la dic-



Rodaje de "Ez" ("No"), de Imanol Uribe, primer premio de Cine Vasco y Mikel de Plata en el XIX Certamen de Bilbao. Sería la película mejor acogida por el público del Festival; los espectadores madrileños pueden verla acompañando a "Tres mujeres".

## Bilbao

# LA LUCHA POR UN CERTAMEN

FERNANDO LARA

tadura de Franco", la Asociación de Cineastas Vascos y algunos cine-clubs de la ciudad (núcleos cuyos dirigentes participan del pensamiento "abertzale") lanzaron a finales de octubre una "propuesta provisional de organización" del certamen bilbaíno que entrañaba, entre otras cosas, la dimisión en pleno del Comité Rector, siendo sustituido por otro en los que dichos núcleos se integran. Por su parte, ese Comité Rector venía ya manteniendo reuniones con partidos políticos, asociaciones culturales y organizaciones populares para hacer realidad una democratización que, en la medida de lo posible, venía efectuando desde hace cinco años, uniendo a ello la apertura a todos los sectores que quisieran colaborar en la marcha del certamen. Desde fuera del conflicto, no parecía demasiado difícil llegar a un entendimiento entre las dos posturas que decían pretender lo mismo. Sin embargo, lo que en realidad acaeció fue una guerra de notas y contranotas, alternativas y propuestas, que cada vez hacía más difícil tal entendimiento. Porque, y este es un matiz fundamental, todo ello se produjo en el mes que precedía inmediatamente a la celebración del certamen. Por ello, el Comité Rector no podía aceptar su dimisión, en cuanto que significaba dejar desarbolada la actual edición y quizá abortar para siempre la trayectoria de un festival que, después de trece años iniciales consagrados a las más puras esencias de la "Hispanidad" entendida al modo franquista, se

había encaminado por otros derroteros, con una doble consecuencia: el rechazo de la burguesía local y el paulatino reconocimiento dentro de los organismos internacionales que regulan los certámenes.

La Asociación de Cineastas Vascos (todavía no formalizada, pero ya con disensiones en su interior, incluso dentro de la propia rama vizcaína) y los cine-clubs que con ella comulgan, acusaban al Festival de Bilbao de no querer imitar el "camino hacia la democracia" del de San Sebastián; los dirigentes actuales mantenían que el de Bilbao había sido mucho antes democrata que el certamen donostiarra y que ellos no eran un "bunker" franquista con el que hubiese que acabar. Y que, de acuerdo con el criterio coincidente de partidos mayoritarios como el PSOE, el PNV y el PCE, lo fundamental en estos momentos era asegurar la permanencia del Festival, dejando las reformas definitivas para cuando las elecciones municipales hubiesen colocado a personas representativas en Ayuntamientos y Diputaciones, momento en que el Certamen sería dejado en manos del pueblo de Bilbao, su verdadero origen y destinatario. Finalmente y ante la inminencia de la fecha de inauguración, se llegó a una solución de compromiso: la constitución de una Comisión Gestora integrada por representantes de las Asociaciones de Vecinos (que manifestaron su creencia de haber sido manipu-

ladas en este conflicto por el sector "abertzale"), cine-clubs, Asociación de Cineastas Vascos y los propios miembros del actual Comité Rector. El panorama aparecía así aclarado provisionalmente mientras duraran las jornadas del Festival, pero las espadas quedaban en alto para quizá sucesivos enfrentamientos entre dos maneras muy distintas de entender la realidad de Euskadi y sus vías de solución.

En este sentido, el que el XIX Certamen se haya podido realizar sin obstáculos insolubles, ya constituye un relativo éxito cara al futuro de una muestra que tiene su razón de ser y su personalidad. En un medio cinematográfico donde el documental y el corto son considerados como hermanos muy menores, en un medio cultural como el de Bilbao donde —según los propios responsables del Festival— existe "un vacío que es doloroso palpar en nuestra realidad diaria", defender este Certamen posee indudablemente un importante sentido. Y también porque puede ayudar de muchas maneras a la consolidación del hoy incipiente cine vasco, al que Bilbao dedica toda una sección (con cinco películas este año, más —fuera de concurso— la interesante "Estado de excepción", de Iñaki Núñez) en su voluntad de que exista una expresión fílmica de la realidad de Euskadi en sus más diversos niveles.

Entrando, muy brevemente, en las conclusiones cinematográficas que pueden extraerse del Certamen, digamos que lo más notable de él ha corrido a cargo de dos hechos concretos: la importancia entre nosotros de un "cine alternativo" que se está realizando principalmente en Cataluña y donde se expone una temática política y social que los canales comerciales no aceptan; y el avance del cine de animación, especialmente en los países socialistas del Este de Europa, dentro de una línea de calidad que ya es tradicional. Frente a ello, y según reconocía el Jurado Internacional, la crisis del cortometraje de ficción, incapaz casi siempre de romper con su carácter de largometraje reducido o de exhibicionismo narcisista. Los cuatro principales premios de Bilbao fueron para "Tiempo colonial", de Mario Handler (Venezuela); "En la selva hay mucho que hacer", del Grupo Experimental de Cine de Uruguay; "Entre la esperanza y el fraude" (colectivo catalán, del que ya dimos nuestra negativa opinión en la crónica de Benalmádena); y "Ez", un excelente documental de Imanol Uribe contra la nuclearización de Euskadi. ■